

Guy de Maupassant, un adalid de la cultura colonial Una cierta idea de Argelia

por [Ahmed Bedjaou](#)

Siguiendo la estela de Fromentin y de los orientalistas, numerosos pintores y escritores, lanzándose al vagabundo, hacen el viaje a la Argelia colonizada para expresar allí ideas a menudo barnizadas de exotismo, pero también de un marcado carácter racista, como fue el caso de Guy de Maupassant.

El autor de *Bola de Sebo* efectuó varios viajes a Argelia en el transcurso de la década de 1880. Huyendo de su gris Normandía, embarcó por primera vez hacia Argel en julio de 1881.

En esa ocasión fue enviado como corresponsal, puesto que en el curso de ese primer periplo a través del país, escribirá para el *Gaulois* una serie de 11 crónicas argelinas.

En un principio, en realidad el periódico había solicitado a Guy de Maupassant que investigara acerca de la revuelta de Cheikh Bouamana, al que el escritor califica de «huidizo bromista». Esta insurrección contradecía en efecto la tesis extendida en Francia, según la cual el territorio argelino estaba «pacificado». En esta crónica que podría calificarse como un periodismo de investigación, Maupassant se dedicará esencialmente a señalar con el dedo las incapacidades del sistema colonial ante los éxitos acumulados por Bouamama al principio de su combate. De este modo él reprochará al ejército colonial, so solamente sus incoherencia, sino también haber confiado demasiado en el agá de Saïda. Es cierto que va igualmente a tratar de buscar explicaciones a la revuelta en factores relacionados directamente con la colonización: la expoliación por los colonos españoles de los grandes campos de esparto, y la miseria a la que dichas expropiaciones han reducido a las tribus de la región. El autor ve en Bouamama a un «merodeador» y al jefe de una banda «empujada a la revuelta por la hambruna» que no habría «actuado ni por odio ni por fanatismo religioso, sino por hambre».

Sin embargo Maupassant tiene la honestidad de añadir: «Nuestro sistema de colonización, consistente en arruinar al árabe, en despojarle sin cesar, en perseguirle sin piedad y hacerlo reventar de miseria, verá otras insurrecciones.» Juiciosa predicción que la historia va a encargarse de verificar algunas generaciones más tarde. Por haber producido, exactamente un siglo después, una película escrita con brío por Boualem Bessseih sobre la epopeya de Cheikh Bouamama, he quedado cautivado por el espíritu patriótico del Cheikh y me ha fascinado su rechazo a aceptar el yugo colonial. ¿Cómo no indignarse pues ante la incapacidad de este hombre de letras de reconocer que la reivindicación del derecho a vivir libre sobre su suelo constituía la razón crucial de una revolución que no iba a cesar jamás?

Maupassant, pero también otros escritores diciéndose de izquierdas como Victor Hugo, nunca han querido poner en tela de juicio la legitimidad colonial contra la legitimidad nacional. Maupassant volvió en varias ocasiones a Argelia en el transcurso de la misma década. Escribió numerosos reportajes o artículos que reunió en dos obras esenciales: *Al Sol* y *La Vida Errante*, pero también escribió relatos de título evocador como *Mohammed el Granuja* o *Allouma*.

Después de la independencia de Argelia, esos escritos sobre el país han sido reagrupados y reeditados por personas cuyas motivaciones han sido diametralmente opuestas. Denise Brahimi, del que no se puede cuestionar su compromiso con la Argelia

libre, hace prologar los escritos de Maupassant mediante un largo prefacio en el cual se esfuerza en analizar científicamente el interés del autor por Argelia. Los mismos escritos han sido reunidos por los círculos de argelianistas que encuentran en Maupassant el espíritu fundador de su nostalgia colonial. Así en *Guy de Maupassant por los caminos de Argelia*, prologado por Olivier Frébourg, se lee: «Él describe la sociedad francesa colonial con sus grandezas y sus defectos, y los argelinos sobre los que su pluma se aplica con la misma agudeza, a veces severa, a menudo calurosa.» Pero esos argelinos de los que ahí se habla son en realidad los colonos que se reagruparon después de la independencia en círculos llamados argelianistas, en los cuales seguían dando vueltas a sus sueños de reconquista.

En efecto, para Maupassant, los argelinos son los colonos llegados de todas las regiones de Europa. Los nativos del país son llamados «los árabes». Incluso predice la desaparición de lo que él llama «un pueblo bribón y vindicativo». Añade en el capítulo «La provincia de Argel»: «Quién dice árabe, dice ladrón, sin excepción.» Curiosamente, tiene palabras más comedidas para los mozabitas y el M'zab que compara con una república socialista, o los kablios cuya región alaba.

Puede hablarse aquí de antisemitismo en el sentido original del término, puesto que en un texto titulado «Le Zar'ez», arremete contra los árabes y los judíos (¿debe recordarse que ambos pueblos son semitas?) con una virulencia y un odio digno del nazismo hitleriano. Pero sin que eso levante en la Francia de su época las menores protestas. «A medida que nos dirigimos hacia el Sur, escribe Guy de Maupassant, la raza judía se manifiesta en un aspecto odioso que nos hace comprender la feroz aversión de algunos pueblos contra esas personas, e incluso las recientes masacres.» Goebles no habría podido ser más odioso. Todo esto nos recuerda que los magrebies siempre han vivido en armonía con las minorías judías, En Toledo como en Tanger o en Constantine, contrariamente a las semillas de odio que hacían estragos en Europa.

Afortunadamente, no todos los autores franceses del siglo XIX han sido tan fascistas y racistas. Recordemos el hermoso poema de Rimbaud en el que el poeta rechaza implícitamente la conquista colonial en nombre del mito de la África romana. De hecho, aquél cuyo padre había sido jefe del negociado árabe de Sebdou (mi ciudad natal, sea dicho de paso), es el primer intelectual francés en defender abiertamente la causa nacional argelina. Escritos en latín, sus versos están dedicados a Jugurtha que «regresa», dice él bajo los rasgos del Emir Abdel Kader. «Hace poco se ha levantado aquel que se convertirá para el pueblo árabe en un nuevo Jughurtha.»

Terminaré citando el gran e inmenso «Albatros» Charles Baudelaire como el primero en retorcer el cuello al orientalismo pictórico guerrero a través del pintor oficial de la colonización Horace Vernet y su cuadro *La toma de Smala por Abdel Kader*, del cual dirá: «Odio ese arte improvisado al son del tambor, esos lienzos embadurnados al galope, esta pintura fabricada con pistolas.»

¿Han cambiado las cosas en un país donde los políticos quieren todavía «pacificar» las afueras, como se querían pacificar las mechtas? Desde luego que no, puesto que para la apertura de la exposición conmemorativa *Argelia en Francia*, la comisaría francesa no ha dudado en proponer presentar el cuadro de Vernet, mostrando de ese modo que la cultura política institucional permanece atrasada más de siglo y medio con respecto a Baudelaire.